

do

ias

gota”) y se muestra descortés en grado sumo; luego, “en el tono de un orden tajante”, el que fuera autor de *Lord Jim* o de *Nostromo* truena: “Procura que esos dos niños no hagan ruido y que no anden por aquí molestándome” y se aleja “dando portazos con una considerable violencia”. Claro está, Jessie dice no tomar en cuenta tales barbaridades, orgullosa como estaba de su “capacidad de contención”. Jessie quiere que sepamos que fue la víctima de un Conrad lamentable tantas veces en su intimidad, se dice sumisa y siempre de buen humor, apocada hasta límites increíbles (“una mañana, andando por Church Street, cometí la torpeza de dislocarme las dos rótulas”), pero, si leemos con atención, vemos que, por fortuna, era también una mujer de armas tomar, geniuza y aguerrida, que nos cuenta a las claras lo bárbaro que era con frecuencia su marido y, al instante, aparenta banalizar aquellos tormentos.

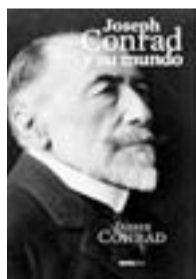
¿Síndrome de Estocolmo? No lo veo, Jessie Conrad asumió vivir con un cascarrabias y nos contó que un gran escritor no tiene por qué ser un gran tipo

¿Síndrome de Estocolmo? No lo veo. Jessie escribe muy bien, es lista como el hambre, decidida, ella misma firmó libros de mucho mérito. Asumió vivir con un cascarrabias y decidió contarnos que había vivido con un cascarrabias. Es decir, nos contó que un gran escritor, un grandísimo escritor, no tiene por qué ser un gran tipo, un grandísimo y entrañable tipo, sino que tantas veces es “un hombre muy enfadado”. Buena lección, magnífico libro.

Pero por qué a Holanda, la respuesta parece estar en que allí no hay un espíritu especialmente cainita: “Una vez aceptadas estas condiciones previas, ¿qué lugar se prestará a esta actividad, dónde filosofar? Hay un país que reúne ventajas que lo hacen preferible a cualquier otro. Son los Países Bajos. En ellos reina una paz relativa que sería inútil buscar en Europa occidental (Inglaterra, detrás de su brazo de mar, no aparece en la geografía de las escapatorias posibles). Allí, papistas y partidarios de la religión reformada se toleran mutuamente”.

Este libro, que encandila con su soterrada poesía, habla del gran descubrimiento filosófico de Descartes

“Yo, que estoy seguro de que soy, no soy, propiamente hablando, más que una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento o una razón”. Este fue el gran descubrimiento de Descartes, que sentó las bases de la filosofía moderna. De cómo llegó a esa conclusión, y lo que le costó hacerlo, habla este libro que encandila con su propuesta escasamente descriptiva y su soterrada poesía.



Joseph Conrad y su mundo

JESSIE CONRAD

Ed. Sexto Piso
2011
433 páginas

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Buscando la palabra secreta que susurra la Tierra

Cuando el afortunado lector se acerque al final de esta divertida, triste, bella, inquietante, posnuclear, sagazmente disparatada y, en suma, espléndida novela sabrá, al fin, cuál es la palabra que eternamente balbucea la Tierra. Esa que nuestros oídos son incapaces de captar.

El tiempo empleado en llegar a ese punto habrá valido la pena, porque en él conocerá la riquísima historia de dos hermanos –trazada con mano maestra y dilatada a lo largo de más de medio siglo– que desde pequeños se conjuraron para escuchar el sistema solar.

El autor de *Los electrocutados* guarda casi tantas incógnitas como el Universo. Argentino de 1973, firma como J. P. Zooey y ya en 2009 sorprendió con su primera novela, *Sol artificial*. Desconozco esa entrega inicial, pero la segunda solo admite una opción tras acabarla: volver a la página 9, donde comienza el texto, y seguir leyendo. Para seguir gozando.

La secreción más excelsa de las trincheras

Como un triste reflejo en el barro del protagonista de *Sin novedad en el frente*, el poeta inglés Wilfred Owen (1893-1918) murió en combate una semana antes del armisticio que puso fin a la I Guerra Mundial. Durante los meses anteriores, Owen había escrito en la trinchera un conjunto de impresionantes poemas de guerra marcados por el sello de la excelencia.

La muerte, las heridas de los cuerpos, las penas de las almas, los pequeños movimientos de los insignificantes soldados, los destellos cotidianos en los desfiladeros cavados en la campiña son algunos asuntos que recorren versos como estos, de *Amor mayor*: “Tu voz, aunque yo pueda compararla / al viento que murmura en los tejados, / aunque amada por mí, no es tan amable, / tan clara y delicada como aquella / de los hombres que ahora nadie escucha / pues la tierra ha acallado el ruido de sus toses”.

Un viaje por la memoria de los años lisérgicos

Del neoyorquino Robert Stone (1937), el lector español conoce desde hace unos meses *Dog Soldiers*, la magnífica novela que permaneció décadas sin traducir al castellano hasta que lo hizo Libros del Silencio.

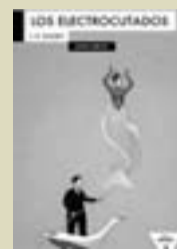
Ahora, la editorial barcelonesa nos brinda *Recordando los sesenta*, un viaje por la memoria –frenética, precisa, lisérgica a ratos– de una década en la que los enrollados entraron de la mano de los *beatniks* y salieron gozando o implorando unos chutes de heroína. Por el medio quedaron –además de muchos anónimos caídos en Vietnam o en los callejones de la miseria–, los Kennedy, las luchas negras, el free-jazz, la revolución *hippy*, los saltos de Aldrin en la Luna, y la búsqueda del amor, la autenticidad y los modos de la verdad. Por supuesto, quien busque negritas las encontrará, empezando por Ken Kesey, el hombre que sembró *hippismo* por EEUU a bordo de su autobús del ácido.

Tejer y destejer en torno a la música y el salto

Según los relatos clásicos fueron tres los personajes mitológicos que se las vieron con las sirenas: Ulises, Orfeo y Butes. Mientras que Ulises se ató al mástil para, sin perder el rumbo, escuchar el canto de aquellos pájaros con pecho y rostro de mujer, Orfeo se puso a tañer la cítara con rítmica furia hasta conseguir que su tripulación volviera a remar con empeño.

Solo uno de sus marinos ignoró el plectro de Orfeo en favor del canto arrebatador del que no se regresa: Butes, que se arrojó por la borda, nadó hasta cerca de la orilla y fue arrancado de las olas por Cipris, que lo lanzó de nuevo al mar junto a Sicilia.

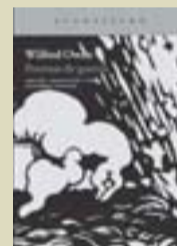
Partiendo de estos mitos, Quignard –figura adorada y detestada de las letras galas– compone un texto sutil, bello y de trasfondo erudito, que, en diálogo con autores clásicos, teje y desteje líneas en torno a la música y el salto.



Los electrocutados

J.P. ZOOEY

Alpha Decay
176 páginas
15 euros



Poemas de guerra

WILFRED OWEN

Acantilado
104 páginas
16 euros



Recordando los sesenta

ROBERT STONE

Libros del Silencio
304 páginas
19 euros



Butes

PASCAL QUIGNARD

Ed. Sexto Piso
96 páginas
13 euros